



*Memoria
de Alcántara*

N. de la R.

En esta sección se rescatarán textos y documentos significativos de la «Memoria de *Alcántara*», bien de sus fundadores o de señeros colaboradores de anteriores épocas.

Reproducimos facsimilarmente la obra de Jesús Delgado Valhondo: *Yo soy el otoño*, Año II, nº 5-6, 15 de octubre de 1946.

YO SOY EL OTOÑO

Se había llamado su abuelo Juan Sánchez, su padre Juansánchez y él, Juánchez. Había jugado el pueblo con el nombre de los suyos estirándolo, aflojándolo, comprimiéndolo como si fuese un acordeón.

Juánchez marchó siendo un mozo de 19 años a tierras lejanas. Todos ponían en duda donde estuvo. La verdad era que había recorrido medio mundo y casi toda la Patria. Cuando regresó al pueblo tenía más de cincuenta años. Había traído mucho equipaje que poco a poco fué reduciéndolo en una alacena, único sitio que se reservó de su casa arrendada a dos familias igualmente sucias, holgazanas y miserables.

—Juánchez, mala costumbre traíste, le decían.

—Pero encontré la caja,—contestaba.

—¿De quién era?

—¡Mía...!

—¿Que tenía esa dichosa caja...?

—Le faltaba yo... y tenía el ángel mío.

—¡Ay Juánchez, tu ángel... ¿Cómo tiene las alas?

Y se iban riendo mientras la cara de Juánchez se llenaba de arrugas grandes que le daban cierto profundo dolor de monte seco y estéril. Cuando lejos veía a todos, cuando sabía que nadie podía oírle, se rezaba:

—En mis ojos. En mis ojos tengo la caja..., siempre en mis ojos. Para nido de mis ojos...

Desde el día que regresó al pueblo, Juánchez no había hecho otra cosa que beber. Era un borracho de plaza amplia, en las noches de niebla. En esas noches novembrinas en que el cielo hecho escarcha deshacíase en polvo que borraba caminos. Entonces le gustaba agarrarse a la farola central, se apoyaba en ella, la celebraba. Después comenzaba sus discursos, primero para sí, despacio, secreto, íntimo; luego iba creciéndose, como una sombra, como un llanto de perro, como una última despedida; y alzaba la voz ante la muchedumbre soñada a quien confiarle todo, para que con él doliese su dolor. Hablaba de una tierra lejana y caliente donde robó una caja que tenía su tesoro, una noche de otoño que muerta golondrina parecía. Una noche en la que todas las sombras se juntaron en concilio de nubes y murciélagos. Una noche de escultura...

—Juánchez, cállate!... Te pones hecho un loco... Estás demasiado borracho. ¡Márchate a casa!... ¡Pronto... Anda...!—le decía el sereno empujándole los hombros.

Y allá iba Juánchez con su cabeza vacía, los oídos llenos de soledades lejanas, con sus piernas de innumerables rodillas por las calles, como fondo de mar vaciado y desértico.

Llegaba Juánchez a casa cuando se notaba el filo de la navaja de la aurora y en el campo las copas de los árboles presentían la luz. Entraba en su alacena arrastrándose. Parecía más una fiera que un ser humano. El mismo lo decía: «algo de mono tengo cuando entro y algo de serpiente cuando busco el bálago para acostarme. La serpiente se come al mono». Por las mañanas, al

pasar al estado de hombre, al salir de su covacha, volvía a repetirse: «Por fin el hombre se comió la serpiente».

Sus vecinos esperaban su salida—quizás la no salida de tanto pensar: «el día menos pensado lo encontramos muerto»—impacientes. Eran chiquillos descalzos y harapientos, entre una bizca graciosa de unos dieciocho años mal cumplidos y dos mujeres: una de ojos de perdiz y pasos largos; otra de cabellos de azafrán encerrada en una piel amplia y negra, de boca húmeda y fría, orejas agudas, frente horizontal y ojos negros y hundidos.

—Siéntese, señor Juánchez, y cuéntenos algo—le decían.

Algunas veces Juánchez hablaba para sí ante aquel auditorio que esforzándose en comprenderlo, ávido de su tragedia, intentaba escucharle.

Ponía Juánchez la mirada sobre las rayas del asfalto saltado del pasillo. Iba de una raya a otra buscando continuación en todas, soñando caminos de afilador o feriante. Se revolvía envolviéndose en sí mismo, haciendo un ovillo con las líneas del asfalto hasta que encontraba el principio del hilo, el principio de su camino perdido que nunca terminaba de recorrer.

—Vosotras no me comprenderéis, será mejor callar.

Y volvía a recogerse, a enredar y desenredar las líneas que a sus ojos llevaban hiriéndoles como finos bramantes los nervios, como bisturí del tiempo para su espacio. Todos se encontraban en su silencio hasta que Juánchez, notándolos, los echaba de él y se ponía a hablar.

—Yo soy la voz del otoño. Yo soy la voz del viento agudo y de la nube gris, del árbol que se desnuda, de los rincones húmedos y abandonados, de vuestros pies descalzos, de vuestra miseria y del frío. Yo soy el corazón abandonado que no encontraréis jamás.

—Tu eres Juánchez,—le contestaban las mujeres,—borracho como tu tío y como tu padre.

—No me comprenderéis, no me comprenderéis nunca. ¡Qué tiene que ver mi padre conmigo! Mi padre, aunque vosotras digáis lo contrario, era bueno y nunca fué borracho... y nunca tuvo una hija que ver morir, como la tuve yo... Era el otoño quien hizo de Muerte cuando Dios la llamaba... Ella me dijo que Dios la llamaba... Se me quedó entre las manos. Parecía como si yo fuese el mismo otoño que desnudaba su cuerpo de la vida... Si, yo era el otoño y por eso mis besos en vez de darle calor iban enfriándola poco a poco hasta hacerla medio mármol, medio ángel. Me arrastré por el suelo, llamé a gritos y nadie me contestaba... ¡Señor, no te la lleves...!

No pudo continuar hablando; hizo esfuerzos para seguir pero no pudo. Le costaba trabajo respirar. Se agarraba la garganta, como separando una mano invisible, unos agarrotados y sarmentosos dedos que le quisieran ahogar. Una de las mujeres le zarandeaba, la otra le ofrecía un vaso de agua que Juánchez miraba con ansiedad infinita.

* * *

Murió Juánchez. Dos días de agonía sola y plácida. Dos días de un placer interior dulcísimo, según dijo en el último momento de lucidez que tuvo. Dos días íntegros y felices.

Uno de los hombres de aquellas mujeres fué el encargado de sacarle de entre el bálago y las mantas. Pero... ¡ah!

—¡Mujer, ven!

Y la mujer llegó y miró asombrada y loca lo que su marido le indicaba.

—Lo tenía entre sus brazos,—le decía él señalándole un esqueleto vestido con un traje, de niña, blanco.

—Y, mira allí.

En un rincón tapado con una manta de viaje las tablas de un féretro.

—Daremos cuenta a la justicia.

—No, espera. En esta chaqueta hay muchos papeles y quizás dinero.

Había dinero, no mucho, pero si lo suficiente para levantar la codicia del matrimonio.

—Todo se arregla, verás. Que venga un médico a certificar y después... Pero primero llama a la chica que lea estos papeles.

—Son versos, padre, muchos versos... Y esto es una carta... dice: «El esqueleto es de mi hija y deseo que sea depositado en mi misma caja cuando yo muera... Una noche de otoño...»

—No sigas, ya la leerás después... Ahora vamos, recoger todo.

Habían llegado los demás vecinos a ver a Juánchez muerto y cuyas facciones estaban dulcificadas por un gusto de muerte donde la mirada se complacía y lastimaba a la vez.

—No se nota nada, ¿verdad?, le había dicho el vecino encargado de amortajarle y meterle en la caja.

—Nada, hombre... ¿Lo liaste en la manta?

—Sí, está, además, debajo.

* * *

—¡Trae una de esas tablas, hija, que hace frío.

—Si, madre, hace frío.. Yo siempre tengo frío cuando me pongo este traje blanco... Además, madre, estas tablas, que no se terminan nunca, no calientan. Todo tiene el frío de la muerte.

—Calla, chica, tu estás tonta.

—Madre el señor Juánchez.....

—¡Mira, no me hables del señor Juánchez!... Y quítate pronto ese traje que lo vamos a quemar... Y trae, también, todos los papeles que recojiste... las tablas... Todo lo vamos a quemar, todo.

—Sí, madre, que esta noche hace mucho frío. No en balde es hoy el primer día de otoño.

JESÚS DELGADO VALHONDO.

